

Contenido:

- **La formación del analista, lo sexual.**

por Roberto Consolo

- **La institución y la formación de los analistas**

por Claudia Luján

La formación del analista, lo sexual.
por Roberto Consolo

Congreso Internacional de Convergencia
Escuela Freud-Lacan de La Plata

La formación del analista es una tarea que se talla en muchos años de análisis, de estudio, de control¹, de producción y de trabajar indudablemente con otros. El efecto de ese camino, que siempre es ir, ya que es permanentemente inconcluso, es el encuentro con un **saber hacer**. Un saber hacer en el acto de renovar la experiencia del inconciente con otro, para hallar en ese empalme que hace el inconciente con la neurosis, la dirección de una cura.

Este *saber hacer* tiene entre sus causas a un operador tan excepcional en la historia de los deseos del hombre, tanto como lo es el discurso del psicoanálisis: con Lacan lo llamamos **deseo del analista**.

El trabajo de formación, más allá del conjunto indispensable de saberes que un analista adquiere y articula en su recorrido, confluye en la constitución del deseo del analista. No hay otro deseo ni saber alguno que pueda sustituirse a éste para poder decir que, *hay analista*. Y es básicamente en el análisis de la neurosis del analista donde este deseo se constituye.

Numerosas son las articulaciones y particularidades que el *deseo del analista* requiere para bordear su especificidad y el real que afronta. En principio elijo decir que es un deseo elementalmente ético, ya que es por donde entra la ética a la clínica psicoanalítica y por el cual se revela el inconciente, del que forma parte, en la medida en que le es consustancial de igual modo que le es el analista.

Para esta función nos encontramos con que el deseo del analista es un deseo **vacío de uno**, tal cual suena en el sentido coloquial del término y más específicamente vacío de uno, por el indispensable acto de deponer al Uno fálico, al Uno unificante del narcisismo, como al Uno distintivo del sujeto, para sostenerlo. Por ende, para que opere la función deseo del analista es preciso un largo **trabajo de vaciado**, tanto del Uno como del objeto. Este es un proceso de **desexualización del deseo** en la medida que implica una desaprensión, un **desapego del orden fálico**.

La emancipación del universo fálico (el deseo del analista no es un deseo de falo) comprende que este deseo no se articule en el fantasma neurótico y lleve entonces a una pérdida de goce hasta el punto de su máxima reducción. Por esto podríamos decir que es un deseo impar, desemejante, ya que se sostiene sin una promesa de goce en su horizonte como cualquier otro deseo. Para sostenerlo entonces, es preciso como inmanente al desapego fálico, **una renuncia al goce**. ¿A qué goce? Primeramente a no gozar del paciente en ninguna de las formas posibles, es decir, que no aparezca éste en el lugar de objeto. Renuncia que Freud mantenía desde el principio de su clínica bajo el precepto de abstención. Estos, posiblemente, son algunos de los motivos que hacen tan esquivo, discutible y paradójico situar un goce para el analista cuando está en función de analizar. No es así cuando se recobra como sujeto. Sea en la institución, en las diferentes formas de encuentro con otros, o en la tarea misma de producción. Hallamos aquí un variado menú de goces, que junto al análisis del analista, hacen más tolerable el inquebrantable real al que está confinado el acto de analizar: sexo y muerte.

La formación del analista,
lo sexual.

por Roberto Consolo

Desde ya que el deseo del analista por más desexualizado y esterilizado de goces que se encuentre, no es un deseo puro. Solo el deseo de muerte lo es, en la medida que es un deseo que no admite ni deja restos o trazos del sujeto. Mientras que el deseo del analista, requiere de un trabajo incesante para que los restos y los trazos de subjetividad de quien lo sostiene, no infiltren los análisis que conduce. Es decir: que no se juegue en las curas lo que del análisis del analista aún se encuentra en espera, obviamente cuando todavía está en análisis, o los restos del análisis del analista cuando éste haya concluido. No conozco final de análisis que no tenga restos. Hay posiciones más puristas que ésta, acaso teóricas, pero obviamente no es congruente ningún Ideal de agotamiento absoluto con el final del análisis ni con la experiencia del pase. Creo que éste es uno de los puntos en el que podemos afirmar que la formación del analista es constantemente inconclusa. Porque al reconocer la necesidad intrínseca de la práctica, del encuentro con otros para conversar de la clínica, teorizar los efectos o investigar, este encuentro entre analistas resulta un modo en acto donde no sólo se verifica por añadidura, la función deseo del analista y la eficacia del psicoanálisis, sino que también, se lo advierte o no, en este trabajo se sopesa y modifica, lo que en el deseo del analista aún puede hacer obstáculo a la dirección de una cura. Hasta incluso con eso que silenciosamente se justifica vulgarmente como estilo. Quizás, este sentido, sería mucho mejor para analizar llegar a tener el menor estilo posible. O que el estilo no sea más que ese pequeño modo que provoca el otro, para saber hacer ahí donde el acto espera.

La coalescencia entre el ideal y el objeto que la neurosis juega en la transferencia, hacen del deseo del analista un requerimiento de máxima diferencia para que el acto analítico encuentre su eficacia.

La estructural necesidad de la neurosis de un lugar de saber, referida a la función paterna, por efecto de la transferencia se idealiza en el analista como atribución de S.s.S. Mientras que a la vez el lugar del analista en el discurso del psicoanálisis, corresponde al semblante del *objeto a* como causa de deseo, para que obviamente sea el deseo del paciente el que se revele en la cura. Una de las disyunciones críticas entre Ideal y objeto a. Por lo tanto la función deseo del analista libera con el corte que produce el acto, el objeto *a* del fantasma del sujeto, del ideal del Otro, bajo el que se encuentra subsumido en el abatar neurótico.

Esta breve ponencia, en la que tuve que elegir algunos de los flancos por los que se puede abordar el deseo del analista como el resultado de lo más esencial de la formación, aún carece de un punto central. Y es referirme a la tesis de Lacan de que el deseo del analista es lo que resulta del final de un análisis. Sabido es por todos nosotros que ninguno ha esperado a concluir su análisis para comenzar una práctica analítica, ética y eficaz en muchos modos.

Por un lado encuentro que en el curso del análisis del analista, son varios los momentos conclusivos (en las sucesivas vueltas del análisis), donde acontecen cortes en los que se producen pasajes de analizante a analista. Es en la experiencia de castración sobre la que se articula el desapego fálico, que admite esta nueva dimensión del deseo para quién lo anhela. De hecho este pasaje de analizante a analista no ocurre una sola vez y ni de un solo golpe, sino que posee tiempos. Esto es lo que hace posible que el deseo del analista opere aún no terminado el análisis. El efecto más notorio de estos tiempos, es el límite de los análisis que se conducen. Aunque casi todos en algún punto sabemos, que muchos análisis avanzan más allá, a pesar de "uno"; ergo, *función deseo del analista*.

Por otro lado esta formulación de Lacan, sobre la necesidad de concluir el análisis para que haya deseo del analista, también puede ser entendida como que es preciso terminar el análisis cada vez que se analiza. Es decir que el analista concluya la función sujeto analizante para el momento de analizar. De otro modo habría dos sujetos, lo cual es un indicativo de que ahí no hay análisis. Sólo uno es el sujeto del análisis. Entiendo que salir de la función analizante es un imperativo para que se despliegue el deseo del analista; pero tanto para cuando el analista está en análisis, como para cuando el mismo haya concluido. Ya que la función analizante no caduca tras el fin del análisis.

Para concluir considero una vez más, que posiblemente no haya un mejor modo de acceder a la práctica analítica, que comenzándola durante el análisis del analista. Porque que es en la trama conjunta de analizarse, analizar y controlar², donde se talla en lo real el *deseo del analista*.

(1) Análisis de control; práctica que recobra su cardinal valor en la formación.

(2) Es en esta secuencia clínica en la que se fundamenta y resuena el exhaustivo e ineludible estudio de los conceptos.

Mayo de 2009

Bibliografía

- Consolo Roberto. (2008). Sobre la formación de los analistas. Publicación de la Escuela. Efla.
- Domb Benjamín. (2007), La Posición del analista y la eficacia del psicoanálisis. Rosario. Ed. Homo Sapiens.
- Lacan Jacques. (1977), El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Barcelona. Ed. Barral.
- Lacan Jacques. (1967), Proposición del 9 de octubre de 1967. Sobre el psicoanálisis en la escuela. Primera versión Ornicar?1.1981. Barcelona. Ed. Petrel
- Safouan Mustafá. (1985), Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas. Buenos Aires. Ed. Paidós.
- Vegh Isidoro. (2001) El Próximo. Enlaces y desenlaces del goce. Buenos Aires. Ed Paidós

La institución y la formación de los analistas.
por Claudia Luján

Hace un tiempo me encontré, escribiendo un trabajo para una jornada de carteles de la escuela, ante una frase muchas veces escuchada pero que, en esta ocasión, obtenía otra significación: "La formación de los analistas no es sin otros". Rápidamente emergió la siguiente pregunta: ¿qué moviliza a un analista a presentarse ante otros, a testimoniar sobre su práctica, a dar a conocer una producción escrita, un recorte clínico, sus preguntas y sus límites? ¿Por qué la formación de los analistas no sería posible sin otros, o, como Lacan lo propuso, "no hay analista sin institución"?

Dado que en esta oportunidad la invitación es a hablar "Acerca de una experiencia", podría anticipar que la formación de los analistas es un hecho de experiencia que no depende de títulos, de diplomas ni curriculum; no depende de un saber enciclopedista ni de la experiencia dada por los años.

Si bien sabemos que la formación teórica es necesaria, no es suficiente.

Freud y Lacan lo advirtieron, promoviendo reuniones de analistas, fundando instituciones. La IPA y la Escuela Freudiana de París son testimonio de ello. La formación de los psicoanalistas constituye desde siempre un tema complejo que se sitúa en el núcleo mismo de la transmisión del psicoanálisis.

Desde los inicios de su enseñanza, Lacan planteó la necesidad de volver a interrogarse sobre la formación de los analistas intentando producir un desprendimiento de los métodos utilizados por la IPA para garantizar dicha formación.

Si nos remitimos a la historia del psicoanálisis, en un inicio era el propio Freud quién se encargaba de reconocer a los analistas y nominarlos como tales, en función de sus contribuciones a la práctica y a la teoría. La formación se organizaba entonces, en relación a la lectura y la discusión de los escritos de Freud y a los intercambios personales que se mantenían con él. Pero el inevitable final del maestro, debido a una enfermedad terminal, el incipiente reconocimiento de la nueva disciplina y su creciente difusión, condujo naturalmente a una progresiva institucionalización de los procedimientos de formación. Ella era exigida tanto por el aumento de los aspirantes, como por las disidencias que comenzaron pronto a manifestarse en el seno del movimiento inspirado por Freud. Así se establecieron las primeras agrupaciones de analistas, las primeras instituciones.

La IPA (Asociación Psicoanalítica Internacional) se constituyó formalmente en 1910. Su sistema de formación de los analistas se puso en pie 10 años después y, salvo un par de reformas, ha permanecido, en lo esencial, tal cual hasta nuestros días.

Recordemos que la estructura institucional de la IPA era una estructura cerrada, donde no se cuestionaba al saber instituido, donde lo real estaba obturado y se hacía ejercicio del poder: el ritual del encuadre analítico, la clientela cautiva con el didáctico, el orden corporativo, constituían las bases sobre las que se sostenía la formación. Una estructura absolutamente burocrática donde la formación de los analistas estaba determinada de antemano.

Lacan viene a producir un reordenamiento a esta modalidad institucional y a poner en cuestión qué es un analista.

La objeción de Lacan recae, fundamentalmente, sobre los mecanismos de selección de los aspirantes a analista, y sobre los criterios según los cuales

eran admitidos en el análisis "didáctico".

La Escuela Freudiana de París, fundada por Lacan en 1964, viene a dar una posible salida a la situación del psicoanálisis en aquellos tiempos. Cito a Porge a propósito de lo que analiza en torno a su fundación: "La escuela requiere un modo de participación colectivo, no jerarquizado, basado en el trabajo de investigación, la enseñanza y la didáctica... Se trata más bien de someterse a la prueba de una experiencia venidera que de querer dar clases, más de ponerse en la escuela de la experiencia del psicoanálisis que de proclamarse titular de un saber establecido. En esta fundación hay también una dimensión de combate, ya que se trata de la "reconquista" del campo freudiano, colonizado indebidamente por la IPA."

Lacan cuestionará los procedimientos institucionales de la IPA y entre ellos el análisis didáctico, y dirá que "un análisis implica, por cierto, la conquista de un saber que está ahí, antes de que lo sepamos, esto es, el inconsciente, y desde luego que el sujeto puede aprender allí cómo es que eso se produjo. En este sentido, y sólo en este sentido, un análisis es didáctico"(1), El psicoanalista sólo podría ser el resultado de un análisis, nunca su condición. Si de ese análisis devino un analista sólo será algo que se sabrá a posteriori. Cualquier selección previa, por razonables que sean los parámetros con los que se la efectúa, tiende a establecerse en función de los ideales de una comunidad profesional que, como tales, se revelan forzosamente exteriores a los principios que rigen el procedimiento analítico.

Por otro lado, y en torno a la transmisión, en el Acta de fundación de la EFP asegurará que "la enseñanza del psicoanálisis no puede transmitirse de un sujeto a otro más que por las vías de una transferencia de trabajo" y agregará "los seminarios, así como nuestros cursos de altos estudios, no fundarán nada si ellos no reenvían a esta transferencia" (2). De este modo propone un modo de lazo social entre analistas "donde el eje horizontal no estaría ya dominado por el eje vertical. Esta experiencia será el punto de partida de su propuesta de organizar el trabajo en carteles..." (3)

En la Proposición del 9 de Octubre de 1967 Lacan vuelve a interrogarse sobre qué define a un analista. Y dirá: "La escuela puede dar testimonio de que en esa iniciativa el psicoanalista aporta una garantía de formación suficiente. Puede ella asimismo constituir el ambiente de experiencia y crítica que establezca y hasta sostenga las mejores condiciones de garantía. Puede hacerlo y, por lo tanto, debe, ya que no es la Escuela únicamente en el sentido de que distribuye una enseñanza, sino de que instaura entre sus miembros una comunidad de experiencia, cuyo meollo está dado por la experiencia de los practicantes" (4).

Allí en ese "acto", Lacan propone un dispositivo de investigación sobre el final del análisis al que llamará Pase. La creación de este dispositivo apunta a investigar cómo de analizante se pasa a analista, con el consecuente reconocimiento del deseo del analista y la nominación Analista de Escuela. Este procedimiento articula lo individual y lo colectivo, lo privado y lo público. En ese mismo escrito dirá: "La raíz de la experiencia del campo del psicoanálisis planteado en su extensión, única base posible para motivar una escuela, debe ser hallada en la experiencia psicoanalítica misma, es decir, tomada en intensidad" (5). Es el dispositivo del pase el que marca la particularidad de una escuela de psicoanálisis y la diferencia de cualquier otro tipo de institución. Instituir el pase es poner en el centro el análisis del analista.

Tras este recorrido, y en función de las marcas históricas que han influenciado en las modalidades institucionales actuales podríamos decir que una escuela no se limita a la enseñanza y transmisión del psicoanálisis sino que constituye el motor que posibilita que el psicoanálisis en intensidad pase a la

extensión y viceversa.

Si pensamos en el psicoanálisis como una invitación a tomar la palabra: la escuela constituye un escenario propicio para testimoniar sobre la práctica, y ello no es sin poner en juego la castración. Allí el sujeto está en posición analizante y es desde allí desde donde habla, dividido por su deseo. No hay otra manera de sostener éticamente la abstinencia si no es teniendo otro lugar donde poder hablar.

El psicoanálisis es una experiencia de discurso, y en tanto tal propone un modo particular de lazo social. Avanzar en ese lazo social reclama una pérdida de goce.

Ahora, es importante reflexionar desde qué lugar se lleva a cabo la enseñanza del psicoanálisis, qué modalidad discursiva está en juego.

Si quien comanda el discurso, quien habla, queda cristalizado en el lugar del saber absoluto o en el lugar del amo, sabemos que lo que ello produce es síntoma o plus de goce, generando efectos devastadores de alienación.

Educar, gobernar, analizar aboliendo ese real en juego que marca el límite, la imposibilidad de cada discurso no es sin efectos. El análisis del analista posibilita cierta flexibilidad subjetiva que favorece la rotación discursiva. Y en tanto se pueda producir esa rotación por los cuatro discursos, ese movimiento produce un descompletamiento del discurso en el que se estaba, y una consecuente redistribución de goces.

Cada uno de los discursos resultan fundamentales para pensar el trabajo de escuela, siempre y cuando se reconozca el imposible que cada discurso ampara y atesora, favoreciendo la rotación. Dirá Lacan en su seminario "Aún": "El discurso analítico tendría esa particularidad de emerger cada vez que se pasa de un discurso a otro" (6)

Me preguntaba al inicio y en ocasión de estas jornadas(7) ¿qué me moviliza a estar aquí, frente a ustedes leyendo este escrito? Pienso que la escuela atraviesa al analista así como lo atraviesa su formación. Su necesidad de formación estará determinada por los interrogantes que su práctica y su propio análisis van socavando. La experiencia del inconsciente habilita a nuevas lecturas, nuevas producciones, es por eso que no hay formación progresiva, no es en más, no es acumulativa. Es por eso que cada nuevo encuentro con otros posibilita una nueva oportunidad para seguir sosteniendo la causa, seguir reinventando el psicoanálisis.

(1) Jacques Lacan "Sobre la experiencia del pase" Ornicar?

(2) Jacques Lacan, "Acta de fundación de la Escuela Freudiana de París"

(3) Eric Porge, Jacques Lacan, Un psicoanalista. Recorrido de una enseñanza-Ed. Síntesis

(4) Jacques Lacan, "Proposición del 9 de Octubre de 1967" Ornicar?

(5) Idid. 4

(6) Jacques Lacan, Seminario 20 "Aún".

(7) Trabajo presentado en las jornadas de la efla "De los inicios y finales de análisis".